

EL ROMANTICISMO EN LA AMERICA HISPANA

Escribe: JAVIER ARANGO FERRER

Bajo este título la Editorial Gredos de Madrid acaba de publicar el libro del escritor argentino Emilio Carilla, dedicado a la memoria del inolvidable don Pedro Henríquez Ureña. Considera el autor que “la obra debe justificarse en el texto antes que defenderse en el prólogo” razonamiento cabalmente cumplido en el modo como el ensayista se sirve de los documentos para confirmar sus doctrinas. El libro de 506 páginas fue acogido por Gredos y esto es afirmar de antemano que Emilio Carilla confirmó su carta de ciudadanía americana para viajar por el tiempo con un excelente equipaje de conocimientos y de enseñanzas.

No todo es miel sobre hojuelas en este panorama. Lo que desde luego se impone en toda obra al juicio del lector es el estilo: el del argentino no falla por cojeras sino por tropezones. Lo que podría decir entre comas lo resuelve con guiones y lo que debiera advertir en notas marginales o por otros recursos de fácil hallazgo, lo encierra invariablemente entre paréntesis. Rara es la cláusula libre de semejantes jorobas. Hablando v. gr. del lenguaje usado por los románticos dice: “Hay que distinguir, también, entre la denominación del lenguaje nacional o idioma nacional (en textos del pasado siglo que no hacen sino copiar gramáticas españolas y americanas, y que por nacional entienden nada más que “la lengua (española) que se habla en el país”) y los intentos de algunos románticos. Alberdi se refirió a un “idioma nacional” diferenciado, y Juan María Gutiérrez— a estar de noticias fidedignas— es muy posible que haya pensado también en “un idioma nacional argentino”. Pero lo que en ellos no pasó, ciertamente, de programa o aspiración —más bien juvenil— iba a adquirir más tarde —y a través de Abeille— pintoresco desarrollo”.

Esas talanqueras dificultan hasta el cansancio la buena andadura del lector por el buen camino del libro. El estilo recobra su natural fluidez cuando el parroquiano salta sobre los cercos en el mejor de los mundos y de los libros posibles. Emilio Carilla es un escritor de toda la barba en las ideas y lo será en lo demás cuando se cure de los tics que embrollan su estilo. Las numerosas facetas que enfoca del romanticismo y las nomenclaturas basadas en escuelas, polémicas y perfiles biográficoliterarios, denuncian la metódica investigación a que debió someterse el ensayista durante diez años para lograr una obra clásica ya, por el modo de nacer que será el de perdurar, con luna creciente, si en las futuras ediciones puntualiza conceptos fundadores que ha olvidado.

El romanticismo rioplatense despréndese jugosamente de los documentos como la fruta que ha madurado sin prisa en el árbol. El autor conoce palmo a palmo la literatura de su tierra nativa y de los países que limitan con ella. Por tal razón el panorama romántico de la zona austral no es el acopio diseado en esquemas bibliográficos sino el proceso vivo y vital que el ensayista argentino recogió de la historia circundante. Algo hay en los ambientes literarios regionales que escapa a la crítica forastera: ello es una suerte de intimidad que los tratadistas no cifran con entera propiedad si no han conocido la vida interior de los libros y de las literaturas. Es este el efecto de la insularidad en que viven distanciados nuestros países y ésta la misma falla que Emilio Carilla atribuye a Menéndez Pelayo en la valoración de los poetas latinoamericanos. Yo viví en Buenos Aires y allí escribí mi primer libro de literatura colombiana después del curso pertinente en la Facultad de Filosofía y Letras. Sé, pues, hasta qué punto los letrados sureños conocían a los norteños en 1940. Igual cosa nos acontece a nosotros respecto de la literatura rioplatense, excepción hecha de las figuras continentales.

El intercambio incesante de profesores y de humanistas se hace cada vez más urgente si acaso los americanos de ahora aspiramos a la unidad de expresión que nuestros antecesores precolombinos supieron imprimirle al Continente. Americanizar la pedagogía es la mejor manera de encontrarnos en la común heredad.

Algunos colombianos fundadores de modalidades románticas brillan por su ausencia en la obra de Emilio Carilla. Allí

plantea “la posibilidad de buscar en América el romanticismo como actitud vital: vidas románticas más que romanticismo”. Desde la colonia abundan en Colombia las vidas románticas. Las que ahora me interesan son la de José María Gruesso (1778-1835) y la de Luis Vargas Tejada (1802-1829). Estos dos poetas constituyen la prerromántica colombiana en las dos órbitas que más tarde sustentaron dos conceptos antagónicos en la compleja, confusa y a veces contradictoria dialéctica del romanticismo. Gruesso fue la prerromántica elegiaca de sentimiento por el amor perdido; Vargas Tejada la prerromántica de pensamiento por la libertad contra la dictadura del Libertador.

A la muerte de Jacinta Ugarte, su prometida, José María Gruesso abandonó la universidad, se hizo sacerdote y vivió melancólicamente en Popayán. En su poesía nació el paisaje colombiano y en su poema “Lamentación de Pubén” sonó por la primera vez entre nosotros la palabra romántico, hacia el año de 1820:

*¡Oh bosquecillos del frondoso Mayo
románticos doquiera y hechiceros!*

El argentino Esteban Echeverría, a quien el autor concede el derecho romántico de primogenitura, tenía en 1820 quince años. Gruesso fue como Young, Cadalso, y Novalis un poeta de fúnebres nocturnos en “Las Noches de Zacarías Geussor”. Si su poesía se resiente de la enfática rigidez seudoclásica, su prosa es un gemido ultrarromántico por el perdido y sublimado amor: “Las gracias de una belleza que ahora existe sumergida en la noche callada de los sepulcros...! Con qué fuerza poderosa me arrastraban...! Ay objeto idolatrado y causador de todos mis males! Vuelve a tu mansión de silencio y de quietud, a tu noche sempiterna y sombría!”.

Luis Vargas Tejada es autor de tragedias modelo siglo XVIII y de “Las Convulsiones” comedia satírica y picaresca, ya romántica. En septiembre de 1828 conspiró contra Bolívar. Frustrada la conspiración vivió escondido y solitario en una cueva donde escribió poesías de melancólico acento aún impragnadas de Boileau y de Chenier. En su poemita “Al Anochecer” dice entre otras cosas: “Ya muere el claro día / tras la cumbre empinada de los cerros, / y en rústica armonía / saludan

su esplendor que se despiden / los sencillos pastores. / Los zagales y perros / conducen el rebaño a la majada... / ¡Qué lánguido suspira / el céfiro ligero!... Cierra la tierra rosa / su caliz perfumado, / y esconde ruborosa / el ámbar deseado... Allí nos sentaremos, Clori mía... allí repetiremos / la tierna cantilena / que afables entonaron los pastores, / cuando, concluida mi gravosa pena, / corone la fortuna mis amores". Todo fue en vano: el poeta murió ahogado en un río. José Fernández Madrid, autor de tragediasseudoclásicas, y de poemitas hogareños en tono muy menor pertenece también a la generación prerromántica.

Si el romanticismo oficial lo decretó Francia en 1830 con el triunfo de los románticos sobre los clásicos, nada impide iniciar la cronología romántica en el instante en que se anuncia el fenómeno humano y literario del romanticismo. La prerromántica colombiana, no es un invento arbitrario sino una presencia de signos que debieran conceptuar los ensayistas en sus esquemas americanos.

Algunos fundadores románticos brillan por su ausencia en la obra de Emilio Carrilla. La novela histórica, con temas de la conquista, fue entre nosotros raíz del romanticismo. El autor cita a José Antonio Plaza, a Caicedo Rojas y a Soledad Acosta de Samper pero olvidó a los dos novelistas creadores del género: Juan José Nieto (1804-1866) autor de "Ingermina" (1844) primera novela colombiana escrita en sencillo y ameno estilo narrativo, con las consabidas influencias de Walter Scott y de los folletinistas franceses y con algunos discursos que podrían suprimirse o abreviarse en una posible edición revisada y anotada. En Felipe Pérez (1836-1891) se hizo adulta, desde 1856, nuestra novela histórica con obras numerosas de temas americanos o con asuntos exóticos de amena fantasía que ya anunciaban, a fines del siglo, la prosa delgada y limpia de los modernistas.

La influencia de Bécquer en la renovación del romanticismo la proyecta el autor con la sobria y sólida erudición que lo caracteriza en el desarrollo de las ideas generales. En Colombia su influencia fue decisiva: el asonantado y melancólico sevillano esmeriló los resplandores de Hugo y los gritos de Espronceda y tendió un puente de sordinas hacia el Modernismo. Joaquín Ganzález Camargo, Ernesto y Adolfo León Gómez y Federico Rivas Frade, con Silva a la cabeza, constituyeron la

sucursal becqueriana de Colombia. Descartado como precursor del modernismo José Asunción Silva, modernista de tiempo completo en sus Nocturnos, el arquetipo becqueriano fue González Camargo (1865-1886) nacido en el mismo año de Silva y muerto en los albores del modernismo. En "Estudiando", aunque el idioma corre sin excesos, se comporta como un archirromántico ante el cadáver de la joven muerta en la sala anatómica; y para muestra un botón: "Al cadáver me acerco: en la mejilla / Brilla y tiembla una lágrima luciente; / ¡Un cadáver que llora!... Mi cuchilla / No romperá su corazón doliente". En cambio en "Viaje de la Luz" el poeta presiente la nueva poesía con el mismo lenguaje fino y penumbroso de Silva en los Nocturnos y con imágenes "cual niebla de lumbre" netamente modernistas: "Empieza el sueño a acariciar mis sienes; / vapor de adormideras en la estancia; / los informes recuerdos en la sombra / cruzan como fantasmas... Allá rima la luz y el canto alumbra, / aire de eternidad alienta el alma, /y los poetas del futuro templan / las cristalinas arpas".

La crítica dirá si el hiperbólico don Juan Valera tuvo razón cuando dijo: "me siento inclinado a decir que los versos de González Camargo me gustan más que los mejores de Bécquer y de Heine". En todo caso, y en una segunda edición, Emilio Carilla sería más acertado con este poeta que con Rivas Frade, gran lírico también, pero muerto en 1922 a los sesenta y cuatro años no ya como un precursor sino como un modernista de origen romántico ya probado en el ejercicio de la nueva poesía.

Quizás estas observaciones le sean útiles al ensayista argentino en la segunda edición de su magnífica obra.

Los grandes ensayistas sudamericanos, en lo que a crítica literaria se refiere en obras americanas, pertenecen a la zona austral del Continente. Arturo Torres Rioseco, Enrique Anderson Imbert, Max Daireaux, Julio A. Leguizamón, entre otros, escribieron historias de la literatura hispanoamericana o monografías, tal la que comentamos de Emilio Carilla sobre el romanticismo y la de Marasso sobre Rubén Darío y el modernismo, como quien dice el siglo XIX literario captado por dos ensayistas argentinos. Venezuela tiene a Blanco Fombona con su estudio del modernismo y de los modernistas, y Perú a Luis Alberto Sánchez con "Balance y Liquidación del Novecientos",

lo más medular de su vasta obra, y con su historia de la literatura hispanoamericana.

Colombia nada ha producido: en su historiografía no hay un solo ensayo con la visión americana de la literatura. "El Romanticismo" del Padre Eduardo Ospina se refiere a lo colombiano en relación a lo europeo sin que aparezca lo americano en esbozos o en indicios de literatura comparada. Sería indigno menoscabar a quienes trabajan en amplios esquemas americanos por no figurar en ellos nuestros valores con la importancia que nosotros les atribuimos. De ello somos los colombianos en gran parte responsables porque no les hemos procurado a nuestros colegas del sur los documentos para juzgarnos con menos riesgos de equivocarse, especialmente en ensayos modernos de crítica literaria. Ojalá los críticos de los otros países se comporten ante la obra de Emilio Carilla con la misma franqueza del suscrito. Así el autor podría llevar la segunda edición de su magnífico libro a nuevas perfecciones.